

M I S C E L Á N E A

La historiografía regional

JOSÉ MARÍA MURIA

Después de la Revolución se dejó sentir en México un acusado abandono de los estudios históricos específicos de sus diferentes regiones.

Debiórase al deseo loable de “consolidar la unidad nacional” o fuese por causa de la creciente “fuga de cerebros” de los estados en busca de las mejores posibilidades de formación profesional, las mejores remuneraciones y la mayor resonancia que la capital del país ofrecía, el caso es que, a diferencia de la gran producción de estudios que se alcanzó durante los últimos años del periodo que suele llamarse “Porfiriato”, a la sombra de los gobiernos emanados de la lucha civil casi no se hizo historiografía de los estados de la República mexicana. Lo que mayormente interesó entonces fueron los grandes temas “nacionales”, orquestados en torno a la cada vez más grande Ciudad de México y a partir de ella misma.

En términos generales, puede decirse que los estudiosos de la historia que permanecieron en sus respectivos estados, con más vocación que ciencia, resultaron ser tan buenos defensores de los documentos testimoniales del pasado como repetidores de su contenido; es decir, en su mayoría fueron historiadores muy bien dispuestos —por fortuna— a defender a capa y espada las fuentes de conocimiento disponibles —para llevarlas con frecuencia a sus casas— pero malhadadamente preocupados más por el culto de una cierta clase de información o el enaltecimiento a veces irracional de las vidas y los hechos de cierto tipo de personajes incorporados al panteón cívico, que por emprender un análisis del pasado tendente a una comprensión del mismo en aras de una mejor explicación del presente.

De esta manera, mientras el saber “nacional” iba en aumento, el “regional” se estancaba y en varios casos hasta retrocedía.

Finalmente, al comenzar la década de los sesenta, el saber histórico regional recibe la puntilla con el establecimiento del libro de texto gratuito y único para todas las escuelas del país. Se trata de un esfuerzo que

resultó muy loable en muchos sentidos pero que acabó con la enseñanza que se practicaba a partir de unos rudimentos de historia y geografía de los municipios y de los estados.

Es cierto que se había trabajado el tema con libros de texto muy malos y plagados de errores y mentiras, que eran resultado del general estancamiento o deterioro del conocimiento regional; a pesar de ello, también transmitían una información valiosa que contribuía a depositar en cada estudiante un respetable sustrato de saber local, del que no podía sino derivar un mayor arraigo y cariño por el solar y una noción de identidad más acendrada. Consecuentemente, en vez de suprimir del programa de estudios la historia y la geografía locales, debió haberse procurado perfeccionar el contenido de aquellos manuales o de plano proceder a la elaboración de otros mejores.

La entrada en circulación de los libros de texto gratuitos originó protestas que arremetían contra su costo, el daño causado a los editores y su contenido ideológico, mas casi nadie censuró el soslayo del estudio del paisaje y del pasado regionales.

La verdad es que, al mediar los años sesenta, a poca gente le interesaba pugnar por la historiografía de los estados mexicanos.

No obstante, las cosas empezaron a cambiar en 1968 como resultado del aguzado desencanto que en mucha gente produjo la vida en la gran capital a consecuencia de los conflictos de ese año; sin embargo, también resultó de singular importancia la aparición de *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, de Luis González y González, libro que se convirtió en el gran fundamento y aliento de quienes ahora se dedican a la historia regional.

No es que haya sido éste el primer libro de tema y, sobre todo, de concepción y perspectiva provincianas pero hasta entonces no se había dado el hecho de que un historiador de altos vuelos, después de haber abordado con éxito “grandes temas nacionales”, se dedicara a escribir sobre un pueblo huérfano de patricios excelsos, ayuno de batallas renom-

bradas, carente de algún estentóreo plan para salvar la patria y, para colmo, como continuaba diciendo el propio autor, mal ubicado en la mayoría de los mapas; no obstante, la supuesta intrascendencia de los josefinos michoacanos —cuyo pueblo, si se siguiera con la pésima costumbre de bautizar con nombres de personas a las poblaciones, pudiera muy bien llamarse “San José de Gracia González y González”, por el renombre que don Luis le dio— resulta ser una cualidad compartida por casi todos los pueblos de México.

Al ganar adeptos la idea de que la historia debe estudiar a las mayorías sin dejar de tomar en cuenta las individualidades de que éstas se componen, la historiografía de tema provinciano —después de haber sido tachada durante tanto tiempo de inútil, intrascendente, conservadora e incluso retardataria, y vista, en consecuencia, con un evidente menosprecio—, al modernizarse en su metodología cobró nuevos bríos y pasó a convertirse, al cabo de cierto tiempo, en el último grito de la moda.

Otro paso importantísimo en su favor lo dio Guillermo Bonfil Batalla a partir de 1972 cuando, siendo director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia, creó los seis primeros centros regionales de esa dependencia. Dos de ellos se instalaron al principio en el occidente y el noroeste del país: uno en Guadalajara y el otro en Hermosillo,¹ hecho que dio un gran impulso a los estudios del pasado en ambos sitios, debido a que contaban con historiadores emergidos de prestigiosas aulas foráneas pero enraizados con gran solidez en la región.

No es una casualidad que de Jalisco y Sonora hayan sido las primeras obras historiográficas dedicadas a un estado, con pretensiones modernas y de gran extensión, realizadas en la época contemporánea. En ambos casos, los investigadores del INAH jugaron un papel determinante.

En apoyo o competencia con tales centros regionales, pronto surgirían las primeras dependencias locales en Jalisco, Yucatán y Veracruz, si bien poco después los centros regionales —de mayor o menor nivel— se terminarían de instalar en casi todas las capitales de los estados.

Por insistencia de Miguel León-Portilla y Roberto Moreno de los Arcos, se asociaron la Universidad Nacional Autónoma de México y la Autónoma de Baja California para fundar otro centro en Tijuana, antes de que aparecieran los primeros “cole-

¹ Los otros cuatro se instalaron en Cuernavaca, Mérida, Guanajuato y Oaxaca.

gios", a imagen y semejanza de El Colegio de México.

Aquí se deja ver una vez más la mano de Luis González y González al crear El Colegio de Michoacán, con sede en Zamora, al que le siguieron después la fundación o proyecto de fundación de El Colegio del Bajío, el de Sonora, el de Jalisco, el de la Frontera Norte, el Mexiquense y el de Puebla, en tanto que el INAH concluía la erección de un centro regional en cada uno de los estados.

Sin embargo, no todo fue miel sobre hojuelas. El proyecto de El Colegio de Puebla abortó y El Colegio del Bajío acabó por desaparecer, después de convertirse en "el colegio del vacío". En cuanto a los centros regionales del INAH, no a todos se incorporaron investigadores responsables, honestos y competentes. Son frecuentes los casos de "chambistas" que marchan a provincia tras un salario que no pudieron conseguir en la capital, sin importarles el destino y sin poner mayor empeño en sus labores. Lo mejor que han hecho algunos de ellos ha sido regresar por donde vinieron; otros no han servido más que para menguar el prestigio de la institución y sabotear obras de incommensurable valor que ésta ha llevado a cabo.

Por demás significativo ha sido en provincia el trabajo realizado para la creación y arreglo de numerosos archivos estatales y municipales, gracias en buena parte al mismo INAH, aunque en su mayoría se debe a esfuerzos básicamente locales, mucho más profesionales y eficientes que antaño. Indiscutible organizador adelantado en esta materia ha sido Rafael Montejano y Aguiñaga y "su" Archivo de San Luis Potosí.

No obstante, los repositorios de provincia distan mucho de ser suficientes. Rescatar lo que aún está sumergido en bodegas públicas y privadas e importar fuentes de otras partes del país y del extranjero, resulta una tarea que no debe soslayarse ni postergarse por mucho tiempo.

Resultado de los empeños mencionados ha sido la aparición, generalizada en los años ochenta, de obras de gran envergadura y muchos e importantísimos trabajos de investigación por cuentas de estudiosos bien formados, al mismo tiempo que se editan por doquier gran cantidad de libros y revistas.

Es evidente que por varias vías se ha logrado en casi todo el país una aceptable recuperación de la historia regional que, sin ser óptima, sirve para trascender hacia una generalización que permita a la comunidad entera generar una concepción de su

pasado y, por ende, de su presente, basada en conclusiones ahora sí bien cimentadas en valiosos y fidedignos trabajos de investigación.

Con todo y sus tropiezos e inconveniencias, y sin haber alcanzado los mejores resultados posibles, es alentadora la incorporación oficial plena de la enseñanza de la historia y la geografía de la entidad federativa en que viven a los niños de tercer grado de primaria de todo el país. En algunos estados, incluso, se han preparado libros de texto aceptables. Además, la misma materia aparece en el tercer año de secundaria, en tanto que algunas universidades la incluyen ya en su plan de enseñanza preparatoria.

A diferencia de antaño, ahora es más fácil disponer del apoyo didáctico para tal enseñanza, sin importar el nivel escolar, máxime que a los recursos locales se le han sumado tareas de prestigiadas instituciones con asiento en el Distrito Federal, pero atentas a las necesidades reales de la nación.

Cuando el Instituto Mora estaba bien dirigido por Eugenia Meyer, entre 1983 y 1988, promovió la realización de una serie de pequeñas historias del siglo XIX en casi todos los estados de la República,² cada una de las cuales se complementó con una colección de lecturas históricas. Y desde fecha reciente, El Colegio de México y El Fondo de Cultura Económica promueven, bajo la dirección de Luis González y González —otra vez!— y la coordinación de Alicia Hernández, la realización de varias obras tendentes a la difusión de un nuevo concepto, moderno y profesional, de la historia de cada uno de nuestros estados.³

En suma, si se compara lo que hoy se tiene y lo que pronto se podrá tener con lo realizado antes de 1968, resulta correcto asegurar que nuestra investigación histórica regional, a pesar de sus enormes deficiencias y tropiezos, goza de buena salud y ha prosperado de manera considerable.

Sin embargo, no deja de preocupar la mala comunicación y la escasa relación existente entre los historiadores que habitan y trabajan en las diferentes regiones. Inclusive aquí nos topamos con el centralismo: cada uno de los estados tiene mayor y mejor comunicación con la capital del

país que con las demás entidades, sin importar si se encuentran lejos o no.

Asimismo, debe reconocerse que la historiografía realizada en provincia, salvo algunas excepciones, por un lado reproduce en cada entidad una concepción en exceso centralizada en torno a su capital, a semejanza de la que predomina nacionalmente y de la que tan mal nos expresamos. Por otro lado, la historiografía provinciana se aísla demasiado de lo acaecido en el vecindario, como si los límites estatales, en vez de ser tan relativos como lo son, fuesen barreras infranqueables, perdiendo así una excelente ayuda en la comprensión de los diferentes tópicos y situaciones que se estudian.

No se pretende ocultar el enorme valor que sin duda tienen los estudios de carácter estatal, lo mismo que los de alcance verdaderamente nacional; sin embargo, al mismo tiempo pueden y deben desarrollarse algunos trabajos que sobrepasen los límites estatales, sin que lleguen a perderse en una panorámica tan grande como la de todo el país.

Con frecuencia se investigan asuntos que son comunes a varias entidades o a todas ellas como si fuesen privativos de una sola, además de que se soslaya un estudio que puede resultar útil precisamente por abarcar a varias de ellas. Tal sería el caso, por ejemplo, del problema del centralismo, uno de los males de nuestro tiempo que a todos lesiona.

La inspiración de Luis González y González se hizo sentir nuevamente en las cuatro reuniones de historiadores del occidente y del noreste de México que se llevaron a cabo con el patrocinio del INAH y la coordinación de El Colegio de Jalisco,⁴ cuyos trabajos fueron publicados ya en los correspondientes volúmenes.⁵

Han sido reuniones pequeñas de historiadores, profesionales casi todos, en donde se compartieron conclusiones y experiencias sobre el estudio de los diferentes tópicos que se han establecido de común acuerdo; aun así, se requiere una comunicación mucho más fluida, que redunde en una mejor historiografía regional y coadyude a cimentar mejor el futuro de la disciplina que nos ocupa y preocupa. ♦

⁴ Guadalajara, 1991; Ensenada, 1992; Culiacán, 1993; Colima, 1994.

⁵ *Balance y perspectivas de la historiografía regional*, 1992; *Historiografía de las ciudades noroccidentales*, 1993; *El crecimiento de las ciudades noroccidentales*, 1994, y *Los puertos noroccidentales de México*, 1994.

² No se hicieron las de los estados de Chiapas, Michoacán, Zacatecas y Baja California y algunas no se imprimieron por aquello del "cannibalismo sexenal".

³ Acaban de aparecer dos libros: uno sobre Jalisco y otro sobre Colima.